



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: La revolución Cubana en la dialéctica de la historia

Autor: Zea, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1988). La revolución Cubana en la dialéctica de la historia. *Cuadernos Americanos*, 1(7), 75-89.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año II, Núm. 7, (enero-febrero de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LA REVOLUCION CUBANA EN LA DIALECTICA DE LA HISTORIA

Por *Leopoldo ZEA*
CCYDEL, UNAM

Nuestra divisa será la reforma de la conciencia, no por dogmas, sino por el análisis de la conciencia mística, oscura para sí misma, tal como se manifiesta en la religión o en la política. Se verá entonces que, desde hace mucho tiempo, el mundo posee el sueño de una cosa de la cual le falta la conciencia para poseerla de verdad. Se verá que no se trata de establecer una gran separación entre el pasado y el porvenir, sino de cumplir las ideas del pasado. Se verá, por último, que la humanidad no comienza una nueva tarea, sino que realiza su antiguo trabajo con conocimiento de causa.

Carlos Marx, Carta a Arnold Ruge

FIDEL CASTRO, al conmemorar el XXV Aniversario del Asalto al Moncada el 26 de julio de 1953, decía: "No comenzó ese día la contienda de nuestro pueblo por la liberación, se reinició la marcha heroica emprendida en 1868 por Céspedes y proseguida más adelante por aquel hombre excepcional cuyo centenario se conmemoraba precisamente aquel año, el autor intelectual de Moncada: José Martí". Una misma y larga tarea de liberación, la de Céspedes, Martí y la que se inicia en el Asalto al Moncada. Una larga tarea que se realiza con conocimiento de causa. El cumplimiento de viejas ideas del pasado. Lo que Martí prometió, dice el pueblo cubano, Fidel lo está cumpliendo. Una concepción dialéctica de la historia que va asumiendo el pasado, haciendo de él instrumento de realización de las ideas del mismo en el futuro. Una gran tarea que abarca a esta nuestra América como parte de

las realizaciones de la humanidad. Una larga tarea que Martí, a su vez, ha enraizado en la obra libertadora de Simón Bolívar. Martí, el gran padre de la Revolución cubana, Bolívar, su gran abuelo. Bolívar, quien, a su vez toma conciencia y actúa en función de esta toma de conciencia de los anhelos, los sueños de los hombres de esta región a lo largo de tres siglos de lucha contra la dominación colonial impuesta.

Una concepción dialéctica de la historia expresa en Martí a lo largo de su pensamiento y recogida, a su vez, por los conductores actuales de la Revolución socialista cubana. Una filosofía de la historia que se adelantó a la concepción que sobre su propia historia han formado y formarán los pensadores de otras regiones de esta nuestra América. La concepción de la historia en el continente latinoamericano, resultado del enfrentamiento y ruptura con el pasado colonial ibero, pasado que, lejos de ser dialéctico como el que se expresará en Cuba, había sido acumulativo. La historia había sido vista como una serie de yuxtaposiciones mediante las cuales el hombre de esta América pretendía cubrir, ocultar, su propio pasado. Un pasado siempre vergonzoso que más vale olvidar que recordar. Siempre un borrón y cuenta nueva. El borrón de la propia experiencia que busca apoyo en experiencias ajenas y por ello sin conocimiento de causa.

El filósofo mexicano Antonio Caso, al hablar de los problemas de México y de la filosofía con la que se los enfoca, decía: "Los problemas nacionales jamás se han resuelto sucesivamente. México, en vez de seguir un proceso dialéctico uniforme y graduado, ha procedido acumulativamente". Una concepción de la historia que está en las mismas raíces de la Conquista de esta América. Fue el conquistador español el primero que intentó ese "borrón y cuenta nueva de la historia". Al encontrarse con la cultura indígena no trató de asimilarla, sino de borrarla, enterrarla, ocultarla, por considerarla como supuestamente inferior a su propia cultura, por demoníaca. No se quiso la conciliación de las culturas encontradas; se pretendió, por el contrario, la anulación de la una en beneficio de la otra. Se mostraron como incompatibles las culturas y las razas que así se encontraban, haciendo del mestizo y del mestizaje algo negativo, confuso, ambiguo y planteándose así problemas de identidad que no se habían planteado otros hombres sobre sus culturas. ¿Quién soy? ¿Quiénes somos? "¿Cómo formar un pueblo con culturas tan disímiles? —pregunta Caso— ¿Cómo realizar un alma colectiva con factores tan heterogéneos? ¿Cómo, en fin, conjugar en un todo congruente la incongruencia misma de la Conquista? Tal se intentará también

frente a España para negar la Conquista, surgiendo a lo largo de la historia ideas e ideologías que la negaban, así como ésta había intentado negar el pasado indígena. Ideas e ideologías que tenían su fuente, no en la experiencia de los hombres de esta región, sino en la experiencia de otros hombres, experiencia no vivida, sino simplemente imitada de pueblos y regiones de otras partes del mundo. Tal se quiso hacer con el liberalismo, con el que se pretendió borrar, como por un acto de magia, todo lo que se había sido a lo largo de tres siglos, para poder ser algo distinto. Se buscó negar la colonización asumiendo, paradójicamente, formas nuevas de colonización. Sin ser aún asimiladas las experiencias de la colonización española y las luchas de hombres y pueblos por anularla, se buscaron modelos de organización social, política y cultural en otros pueblos. Modelos cuya adopción implicaría la sumisión, aunque libremente adoptada, a los creadores de los mismos. La disyuntiva del argentino Domingo F. Sarmiento entre civilización y barbarie era sólo disyuntiva entre seguir aceptando la vieja dependencia o aceptar otra nueva. Borrar el colonialismo ibero con el neocolonialismo impuesto por los creadores del liberalismo y la democracia europeo occidentales. Antonio Caso agregaba: "¡Todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la Conquista; aún no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de la discusión histórica del socialismo en su forma más aguda y apremiante!... Así será siempre nuestra vida nacional, nuestra actividad propia y genuina. Consistirá en una serie de tesis diversas, imperfectamente realizadas en parte y a pesar de ello urgentes todas para la conciencia colectiva; todas enérgicas y dinámicas. Porque estas diversas teorías sociales, no nacieron de las entrañas de la patria, sino que proceden de la evolución de la conciencia europea y han irradiado de ahí hasta nosotros".¹

Antonio Caso formó parte de una generación que a principios del siglo XX cuestionó esa concepción de la historia como yuxtaposición, como acumulación y no dialéctica. Fue la generación que siguió a la que hizo la interpretación de la historia expresada por el uruguayo José Enrique Rodó y el cubano José Martí, que prevé ya los peligros del neocolonialismo propios de la nación que arrebatará a Cuba los frutos de la lucha por su independencia para imponerle nueva dominación. De Rodó, quien ya señala el error de los liberales y civilizadores latinoamericanos del siglo XIX que pretenden hacer de sus pueblos copias de los pueblos de la Europa

¹ Antonio Caso, *México: apuntamientos de cultura patria*, México, 1943.

Occidental o de los Estados Unidos. Señaló los peligros de la nor-domanía, que somete a los pueblos que la intentan a los intereses de los creadores del modelo.

Frente a la disyuntiva "civilización o barbarie", José Martí replica: "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza". A interrogantes respecto de la identidad del hombre de esta América —¿qué soy? ¿europeo? ¿indio?— Martí contesta preguntando: "¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás en menos tiempo histórico se han creado naciones tan adelantadas y compactas". En esta América, sigue, "no hay odio de razas porque no hay razas". "Peca contra la Humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas". Como Rodó, condena el afán despersonalizador, anulador, de la identidad de esta nuestra América. Despersonalización, anulación de la propia identidad que deja a nuestros pueblos inertes ante el nuevo y poderoso enemigo que se prepara a llenar el vacío de poder del colonialismo ibero, los Estados Unidos. Dice Martí: "Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley aman, y sólo aman, a los pueblos viriles", la América del Norte sólo respetará a pueblos seguros de sí mismos y por ello "el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante". "El desdén del vecino formidable que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca pronto para que no la desdeñe".

En lugar de negarse a sí mismos, los hombres de esta nuestra América han de afianzar su propia, peculiar e ineludible identidad. Identidad hecha, como todas las identidades, en la historia, combinando las razas y culturas propias de las razas que se han dado cita en esta región. "Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos denodados al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad". No se forma una nación imitando al extranjero. Una nación se forma partiendo de ella misma, de lo que es, de su historia, de sus experiencias. El "buen gobernante en América —sigue Martí— no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel es-

tado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce". "El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país". Es aquí donde carecen de sentido disyuntivas, dudas respecto de lo que se es frente a lo que se quiere ser. Carecen de sentido las yuxtaposiciones mediante las cuales un hombre, un pueblo, trata de ocultar lo que ha sido y es, para supuestamente poder ser otra cosa que no está en sus propias experiencias.

José Martí hace de la realidad propia el punto de partida para levantar el futuro de esa misma realidad. La violencia en los pueblos surge de la incapacidad de sus gobernantes para conocerlos y gobernar de acuerdo con lo que ellos son. No es por libros o teorías que se gobierna a un pueblo. "Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlo". La civilización como falsa erudición enfrentada a la supuesta barbarie del hombre real de esta nuestra América es lo que origina el enojo y la violencia de los pueblos. "Viene el hombre natural, indignado y fuerte y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se le administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme al conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías". "Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas".²

El hombre que así piensa ve la historia como una gran unidad en la que se van asimilando experiencias. Una misma y gran historia la de esta nuestra América que lucha por alcanzar sus libertades. Una historia dialéctica en la que no caben yuxtaposiciones de ninguna especie. No se pueden ni deben ocultar las experiencias de la historia de esta América, porque su ocultamiento sólo origina desconocimiento. Esta América, como todos los pueblos, está hecha de sus experiencias; las experiencias de sus hombres que luchan una y otra vez por su libertad. Luchas que han de ser puntos de partida para el logro de otras libertades. Donde un hombre o un pueblo interrumpe esta larga tarea, otro ha de comenzar. Martí lo sabe. ha de continuar allí donde Bolívar dejó hecho lo que pudo dejar hecho. "¿A dónde irá Bolívar? —se pregunta Martí—. ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos!" "¡A la

² José Martí, *Nuestra América*, México, 1891.

justicia de los pueblos que por el error posible de las formas, impacientes o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de la mano potente en lava blanda dio Bolívar a las ideas madres de América!" "¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad!" "¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo viril y honrado de nuestras entrañas!" "¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy; porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!"³

Así fue que habló el autor intelectual del Asalto al Moncada, sobre el inspirador de la revolución que continúa su propia revolución, la revolución de Céspedes, la revolución de Bolívar y la de todos los que en América lucharon por ella. Es la misma lucha, los mismos sueños que han de ser realizados con plenitud. Cada pueblo de acuerdo con la realidad que le ha tocado y partiendo de las experiencias de otras luchas, de otros luchadores. En esta historia, "las leyes naturales y sociales —nos dice Fidel Castro— propiciaron un despiadado camino que el hombre recorrió de una manera inconsciente inmensa parte de ese trecho". Ahora bien, ¿qué es lo que diferencia a esos hombres de los que ahora luchan por los mismos sueños? Pura y simplemente una mayor experiencia una mayor claridad en las metas que han de ser alcanzadas y en el modo de alcanzarlas. "Lo que en comparación con otra época convierte en privilegiada a la humanidad de hoy es la posibilidad fabulosa de su dominio sobre la naturaleza y la de trazar por primera vez su propio camino en el desarrollo social". En este sentido, los revolucionarios de hoy no son mejores que los revolucionarios de ayer, sino más aptos, mejor dotados respecto de cómo hacer la revolución. "Lo que cualitativamente puede hacer diferente al revolucionario de hoy es su superior conocimiento de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad humana, lo que pone en sus manos un instrumento extraordinario de la lucha y de cambios sociales".

La Revolución cubana supera el peligro de una nueva yuxtaposición, el peligro del que hablaba Antonio Caso, el de tratar de ocultar, una vez más, la propia realidad yuxtaponiéndole una nueva doctrina. El peligro del que fueron víctimas los que en el pa-

³ José Martí, *Simón Bolívar*, New York, 1893.

sado hicieron del liberalismo algo mágico, pensando que a partir de él esta realidad, nuestra realidad, podría ser cambiada por otra. El socialismo no es visto ahora como una yuxtaposición más, sino como meta por alcanzar, pero a partir del conocimiento de la realidad que ha de posibilitarlo. Un conocimiento más firme y seguro a partir del conocimiento científico de la realidad. Es este conocimiento el que va a permitir que lo anhelado por los revolucionarios de ayer pueda ser ahora logrado. "A los teóricos del socialismo científico: Marx, Engels y Lenin —prosigue Fidel Castro— deben los revolucionarios modernos el inmenso tesoro de sus ideas. Es este mejor conocimiento de la realidad lo que permite aclarar los sueños de ayer permitiendo el cumplimiento de una vieja tarea". Podríamos asegurar, continúa, que "sin ellos nuestro pueblo no habría podido realizar tan colosal salto en la historia de su desarrollo social y político. Pero aún con ellos no habríamos sido capaces de realizarlo sin la semilla fructífera y el heroísmo sin límites que sembraron en nuestro pueblo y en nuestro espíritu Martí, Maceo, Gómez, Agramonte, Céspedes y tantos gigantes de nuestra historia patria". Recordando a Martí, agrega Fidel Castro: "Es así como se hizo la revolución verdadera en Cuba, partiendo de sus caracteres peculiares, sus propias tradiciones de lucha y la aplicación consecuente de principios que son universales. Estos principios existen, no pueden ser ignorados". Las revoluciones no surgen de la nada, no se dan como resultado de la aplicación de una teoría; son algo que los hombres y los pueblos llevan dentro y tratan de hacer realidad de acuerdo con las posibilidades del momento. "El triunfo de una idea en cualquier país —sigue Fidel Castro— es siempre fruto del esfuerzo de muchas generaciones y el concurso de la humanidad entera". "Nuestras dificultades son las mismas dificultades objetivas de cualquier pueblo subdesarrollado del mundo, pero en nuestras prerrogativas está el decidir el futuro, con austeridad y modestia, pero con libertad y dignidad". Todos los pueblos, la humanidad entera, han de superar la injusta etapa del capitalismo imperialista... "Pero ello en cada país es una tarea que corresponde a su propio pueblo". En esta lucha no es mejor un pueblo que otro, como no es mejor el revolucionario de ayer que el revolucionario de hoy. "¿Éramos nosotros —pregunta Fidel Castro— acaso más cabales revolucionarios que los que nos precedieron?" No, contesta. "Fue la época, las condiciones objetivas de la sociedad y del mundo que vivíamos, las que nos hicieron a nosotros marxistas-leninistas, internacionalistas, socialistas y comunistas". Fue el marxismo-leninismo el que mostró a los revolucionarios de hoy lo que de común tienen con los

revolucionarios de ayer y con los revolucionarios de otras regiones de la tierra. "En todos los tiempos, en cada país y en cada época, los revolucionarios lucharon y consagraron lo mejor de sus energías al noble propósito del progreso humano sin que por ello los de hoy puedan considerarse mejores que los de ayer".⁴

De la relación que esta revolución guarda con la realidad cubana y latinoamericana y no con teorías o consignas habla también Ernesto Che Guevara diciendo: "La guerra nos revolucionó". Revolucionó a los jóvenes rebeldes de origen burgués el contacto con el pueblo, el contacto con la realidad que debería ser cambiada y no con el libro erudito. Fue el pueblo el que mostró a los revolucionarios las alternativas y posibilidades de una revolución que debía ser auténtica, esto es, del pueblo y para el pueblo. "El ir explicando nosotros, los dirigentes —dice el Che Guevara— a los campesinos indefensos, cómo podían tomar un fusil... , el ir también aprendiendo cómo la fuerza de uno no vale nada si no está rodeada de la fuerza de todos; e ir aprendiendo, asimismo, cómo las consignas revolucionarias tienen que responder a los palpitanes anhelos del pueblo; e ir aprendiendo a conocer del pueblo sus anhelos más hondos y convertirlos en banderas de agitación política... Así nació esta Revolución, así se fueron creando las consignas y así se fue, poco a poco, teorizando sobre hechos para crear una ideología que venía a la zaga de los acontecimientos. Primero fue la revolución, luego su teorización".⁵ ¿Qué representan Marx y el marxismo dentro de esta revolución que nace de la realidad, de los sueños y anhelos de los hombres que la hacen posible? Marx ha encontrado el sentido de la historia del hombre, ha captado su dinámica, su ciencia y, con ello, un mejor conocimiento de esa realidad y mejores instrumentos para su transformación. El marxismo no inicia una nueva tarea, simplemente permite un mejor conocimiento para una vieja tarea. La humanidad sigue luchando por el logro de viejos sueños, pero con conocimiento de causa. "A partir de Marx revolucionario —sigue el Che Guevara—, se establece un grupo político con ideas concretas que, apoyándose en los gigantes, Marx y Engels, y desarrollándose a través de etapas sucesivas, con personalidades como Lenin, Mao Tse-tung y los nuevos gobernantes soviéticos y chinos, establecen un cuerpo de doctrina y, digamos, ejemplos a seguir". "La Revolución cubana toma a Marx donde éste dejara la ciencia para

⁴ Fidel Castro, *Discurso en el XXV Aniversario del Asalto al Moncada*, La Habana, 1978.

⁵ Ernesto Che Guevara, *Carta a Ernesto Sábato*, La Habana, 12 de abril de 1960.

empuñar su fusil revolucionario; y lo toma allí, no por espíritu de revisión, de luchar contra lo que sigue a Marx, de revivir a Marx 'puro', sino simplemente porque hasta allí Marx, el científico, colocado fuera de la historia, estudiaba y vaticinaba". "Nosotros, revolucionarios prácticos, iniciando nuestra lucha simplemente cumplíamos leyes previstas por Marx el científico, y por ese camino de rebeldía, al luchar contra la vieja estructura del poder al apoyarnos en el pueblo para destruir esa estructura y al tener como base de nuestra lucha la felicidad del pueblo, estamos simplemente ajustándonos a las predicciones del científico Marx". Marx ha captado las leyes que rigen a las sociedades, como los científicos físicos captan leyes del orden de la naturaleza. Leyes objetivas dentro de las cuales los hombres van a actuar transformando sus sociedades. No se trata de dogmas sino de hechos científicos que sólo otra experiencia igualmente científica podría hacer más precisa, la experiencia de otros pueblos, de otras situaciones que podrían afinar mejor lo captado pero no por ello negarlo. Agrega el Che Guevara: "Es decir, es bueno puntualizarlo una vez más, las leyes del marxismo están presentes en los acontecimientos de la Revolución cubana, independientemente de qué líderes profesen o conozcan cabalmente, desde un punto de vista teórico, esas leyes".

Marx, como hombre, como pensador, como investigador, cayó, como todos los hombres, en incorrecciones. La ciencia se hace de experiencias una y otra vez repetidas y una y otra vez comprobadas. Pero no es el Marx hombre concreto el que determina la dialéctica de la historia; Marx es simplemente el científico que ha captado las leyes del orden social. Un orden que está por encima de las precisiones o imprecisiones de su captación. Por ello el Che Guevara, haciendo referencia a los debatidos puntos de vista de Marx sobre pueblos y figuras señeras del Tercer Mundo, dice: "A Marx, como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, puede evidentemente, objetársele ciertas incorrecciones. Nosotros los latinoamericanos, podemos, por ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar o con el análisis que hicieron Engels y él de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de las razas o las naciones inadmisibles hoy. Pero los grandes hombres descubridores de verdades luminosas, viven a pesar de sus pequeñas faltas, y éstas sirven solamente para demostrar que son humanos, es decir seres que pueden incurrir en errores, aun con la clara conciencia de la altura alcanzada por eso gigantes del pensamiento. Es por ello que reconocemos las verdades esenciales del marxismo como incorporado al acervo cultural y científico de los

pueblos y lo tomamos con la naturalidad que nos da algo que ya no necesita discusión". Es de esta forma como ha avanzado la ciencia, afinando verdades, corrigiendo errores. En nuestros días no se habla ya de marxismo a secas, sino de marxismoleninismo. Lenin, apoyado en Marx, captó verdades científicas que no estuvieron al alcance de los conocimientos de Marx. Lenin captó otra relación de las sociedades, las originadas por el imperialismo, que se entrecruzan con la lucha interna de clases. Como el marxismo cubano ha captado verdades que sólo la experiencia de su peculiar realidad puede hacer patentes, para ser, a su vez reconocidas por otros pueblos en situación semejante a la cubana y latinoamericana. "El mérito de Marx —dice Ernesto Che Guevara— es que produce de pronto en la historia del pensamiento social un cambio cualitativo; interpreta la historia, comprende su dinámica, prevé el futuro, pero además de preverlo, donde acabaría su obligación científica, expresa un concepto revolucionario: no sólo hay que interpretar la naturaleza, es preciso transformarla".⁶ Es en la acción para cambiar la naturaleza, cuyas leyes se conocen, que los pueblos actúan de acuerdo con sus peculiaridades, de acuerdo con los elementos a su disposición, los puntos de vista propios de su situación. Las leyes son objetivas, la adaptación de las mismas a los necesarios cambios de las sociedades son ya propias de los pueblos. No cabe en este campo, el de la ciencia de la sociedad preguntarse quién es más auténtico: ¿Marx? ¿Lenin? ¿Los revolucionarios cubanos? Nada de esto, ya que sobre los descubrimientos de uno se montan los de los otros en una relación dialéctica en la que toda negación no es sino asimilación de lo conocido para ampliar el propio conocimiento.

El análisis, la observación de la realidad, han sido y son el punto de partida de los cambios revolucionarios. En este sentido habla Fidel Castro en una entrevista que se le hizo sobre "La estrategia del Moncada", a los veinticinco años de esa acción. ¿Cómo se hizo revolucionario Fidel? Como ya lo señalaba el Che Guevara, en contacto con la realidad y la observación de las leyes de los cambios sociales. De esto habla también Fidel Castro, al referirse a sus experiencias políticas y a la toma de conciencia del sentido de esas experiencias. "Principalmente, cuando entré en contacto con la literatura marxista, que ejerció en mí una extraordinaria influencia, y me ayudó a comprender las cosas que de otra forma no habría comprendido jamás". "De modo que yo puedo decir

⁶ Ernesto Che Guevara, *Notas para el estudio de la ideología de la Revolución cubana*, La Habana, 1959.

que la conciencia política mía la adquirí por estudio, por análisis, por observación; no por origen de clase. Pero no creo de ninguna manera que el origen de clase sea un factor indispensable, creo que la conciencia del hombre se puede elevar por encima de su origen de clase". De allí que no tengan sentido los calificativos respecto del origen de clase de los hombres que han hecho y hacen revoluciones. Es éste un accidente que se supera a partir del análisis de la realidad y el esfuerzo por transformarla cuando ese análisis muestra sus errores e injusticias. En este sentido es un instrumento de superación el conocimiento de las leyes que rigen la sociedad que ha de ser transformada. De allí la importancia del marxismo, cuyo conocimiento puede permitir una mejor acción encaminada al anhelado cambio, sin que este conocimiento y acción tengan que ver con el origen social de quienes se han empeñado en realizarlos. La realidad y su más preciso conocimiento no están divorciados, todo lo contrario, se complementan. El conocimiento de la sociedad y la historia de Cuba no está en oposición al conocimiento de las leyes objetivas de la sociedad, cualquier sociedad como la cubana y la latinoamericana.

La Revolución cubana se funda en un doble conocimiento, el conocimiento de su peculiar historia y el conocimiento de las leyes científicas de la sociedad descubiertas por el marxismo. "En realidad, sobre todos nosotros y toda nuestra generación se recibió una gran influencia de Martí y una gran influencia de las tradiciones históricas de nuestra patria", dice Fidel Castro, y agrega: "Yo en ese momento tenía una doble influencia, que la sigo teniendo hoy: una influencia de la historia de nuestra patria, de sus tradiciones, del pensamiento de Martí, y otra de la formación marxista-leninista que habíamos adquirido ya en nuestra vida universitaria". La influencia del movimiento revolucionario cubano que parte de la lucha por la independencia y el conocimiento marxista de las leyes que rigen a las sociedades y explican esa misma historia. "No se puede separar una cosa de la otra en la historia de nuestro país. Porque Martí en su época cumplió la tarea que le correspondía y fue el exponente del pensamiento más revolucionario de su época... Pudiéramos decir que para nosotros la vinculación de ese pensamiento patriótico, de ese pensamiento revolucionario, con el pensamiento revolucionario más moderno, con el marxismo-leninismo, la combinación de eso fueron los elementos que más influyeron en nosotros y que más, realmente, nos inspiraron". Doble influencia, expresión de la peculiar situación de pueblos como el de Cuba, América Latina y de otras regiones del mundo. El marxismo ha captado con la mayor objetividad las

leyes que rigen los cambios sociales y cómo ha de enfocarse la lucha por la liberación social. Martí y Bolívar, de quien el primero se considera continuador, captaron una realidad y buscaron su cambio, la realidad nacional sometida a otra forma de dependencia, la colonial y con ella la necesidad de cambiarla, de luchar por la anulación del colonialismo, la misma lucha por la liberación nacional peculiar de pueblos como los nuestros. "Y que no podía ser de otra forma —dice Fidel Castro— porque en países como Cuba la liberación nacional y la liberación social están estrechamente unidas. Martí significó el pensamiento de nuestra sociedad, de nuestro pueblo en la lucha por la liberación nacional. Marx, Engels y Lenin significaban el pensamiento revolucionario en la lucha por la liberación social. En nuestra patria, liberación nacional y revolución social se unieron como las banderas de la lucha de nuestra generación".⁷ Más allá de lo captado por Marx, Engels y Lenin, está lo captado por revoluciones como la cubana, en pueblos que han de enfrentar simultáneamente los problemas de la lucha de clases y los problemas del colonialismo cuya solución está estrechamente enlazada.

Lo hasta aquí expuesto hace expresa una nueva interpretación de la historia de nuestra América que difiere de la que se hiciera expresa a lo largo del continente latinoamericano como lo muestran los estudios que se han venido realizando sobre la historia de sus ideas. José Gaos, transferrado español, mexicano por adopción, destacará el sentido derivado de tal historia, la filosofía propia de la historia de Hispanoamérica. En la historia de estas ideas, en el análisis de la forma como los latinoamericanos adaptaron filosofías e ideologías originadas en Europa y el mundo occidental, se hace expresa la preocupación "por deshacerse del pasado y rehacerse según un presente extraño". El querer ser distinto de lo que se es, ocultando, enterrando, lo que se es y ha sido. Un esfuerzo utópico, señalaba Gaos. "Porque si el rehacerse según un presente extraño no parece imposible... en cambio, el deshacerse del pasado parece absolutamente imposible". Hegel. En su filosofía de la historia, muestra, por el contrario, cómo el pasado va siendo incorporado al presente, no para repetirlo, sino para que no siga siendo, y el futuro pueda ser otra cosa a partir de su asimilación en el presente. Esto es, practicar con el pasado, con la historia, con la propia realidad, lo que Hegel llamaba *Aufhebung*, esto es, su asimilación. Haciendo del propio pasado instrumento del futuro negado así dialécticamente. El hispanoamericano, ibe-

⁷ Fidel Castro, Entrevista publicada en *Nuestra América*, junto con el discurso del XXV Aniversario del Asalto al Moncada, La Habana, 1978.

roamericano o latinoamericano se empeñaría, por el contrario, no tanto en asimilar las experiencias de ese su peculiar pasado, sino en pretender enterrarlo, ocultarlo, mediante la yuxtaposición de los frutos de experiencias ajenas a la propia y peculiar experiencia. Sobreponer, yuxtaponer en lugar de asimilar, dejando así vivos los problemas que de una u otra forma se harán patentes pese a los esfuerzos hechos por ocultarlos. Yuxtaposición que se hace expresa en los problemas de identidad que se plantean a los pueblos de esta América. La que parece obligada disyuntiva entre lo que es y lo que se quiere ser. ¿Qué somos? ¿indios? ¿españoles? ¿europeos? La yuxtaposición excluye las formas, los elementos, de un modo de ser, el propio de los hombres de esta América. ¿Civilización o barbarie? Para poder ser civilizados, esto es, semejantes a los pueblos de la Europa occidental o a los Estados Unidos de Norteamérica, tendrá que dejar de ser bárbaro, esto es, dejar de ser todo lo que se ha sido históricamente, tanto indio como ibero o mestizo. Para poder ser como los yanquis del norte, los latinoamericanos tendrían que renunciar a ser latinoamericanos. Para poder ser liberales habrían de apropiarse de los frutos del liberalismo de pueblos que los originaron partiendo de sus propias y peculiares experiencias, olvidando los latinoamericanos las propias. Rehacerse según un determinado modelo, extraño a las propias experiencias, hacer, precisamente, lo contrario de lo hecho por los creadores de tales modelos. Modelos, como el liberal, que no son imitación de otros modelos, sino expresión de la original solución que han dado a sus problemas los creadores de tales modelos. Esto es, precisamente, lo único que debe ser, en todo caso, imitado, la actitud que hizo posibles tales soluciones y no los frutos de esa actitud. La historia de las ideas, decía Gaos, ha puesto de manifiesto una idea, una filosofía de la historia que sería la negación de toda auténtica filosofía de la historia. Ha sido esta historia de las ideas la que ha dado a su vez una nueva interpretación de la filosofía de la historia que no es ya la expresada en tales ideas. La toma de conciencia de este hecho ha sido lo que, en opinión de Gaos, ha acelerado la realización de una filosofía que antes sólo era vista como posibilidad, una nueva etapa de la filosofía hispanoamericana. "¿No será *fundamentalmente* por esto —pregunta— por lo que la actitud de los pensadores hispanoamericanos ha venido cambiando desde el fin, por lo tanto, de la etapa positivista, quizá lentamente al principio, velozmente en los últimos años, en toda forma iniciando una nueva etapa del pensamiento hispanoamericano?" En las obras publicadas sobre la historia de las ideas, ésta ha podido ser encuadrada dentro de una

filosofía, la filosofía desde la cual se contempla esa historia; y esto es así porque tal historia ha sido enfocada a partir de "una nueva filosofía de la historia hispanoamericana". "En vez de deshacerse del pasado practicar con él una *Aufhebung*... y en vez de rehacerse según un presente extraño, rehacerse según un pasado y presente más propios con vistas a un más propio futuro".⁶

La preocupación dialéctica, asuntiva, del propio pasado y la no menos propia realidad ha sido peculiar al enfoque filosófico actual de la historia en Cuba. Un enfoque hecho con pleno conocimiento de causa, como diría Marx, dentro de la Revolución cubana. En este sentido, el marxismo leninismo no representa, como temía Caso, una yuxtaposición más, un esfuerzo más por ocultar la propia e ineludible realidad, la propia e ineludible historia. Fidel Castro, en el Discurso de Clausura del Congreso de Cultura de La Habana, en enero de 1968, decía: "Es incuestionable que estamos ante hechos nuevos, ante fenómenos nuevos; es incuestionable que los revolucionarios... los que nos consideramos marxistas-leninistas estamos en la obligación de analizar estos fenómenos nuevos. Porque no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles". "Tuvo el marxismo geniales pensadores: Carlos Marx, Federico Engels, Lenin, para hablar de sus principales fundadores. Pero necesita el marxismo desarrollarse, salir de cierto anquilosamiento, interpretar con sentido objetivo y científico las realidades de hoy, comportarse como fuerza revolucionaria y no como iglesia seudorrevolucionaria". Paradojas de la historia, agrega. "¿Cómo, cuando vemos a sectores del clero devenir en fuerzas revolucionarias, vamos a resignarnos a ver sectores del marxismo deviniendo en fuerzas eclesiásticas?".

Yuxtaposición contraria al cambio y, por ello, antirrevolucionaria, fue la se intentó con el liberalismo en la América Latina. La yuxtaposición expresa en la alternativa planteada por Domingo F. Sarmiento, entre civilización y barbarie. Alternativa a la que José Martí en su momento contestó afirmando que no existía tal alternativa, el hombre de esta nuestra América es lo que ha sido y es también aquello que quiere ser. En un Simposium, los brasileños Darcy Ribeiro y Carlos Guilherme Mota se preguntaban si no se estaba planteando otra alternativa: ¿socialismo o barbarie? Los cubanos han vuelto a contestar que no hay tal alternativa. El bárbaro Calibán, para ser reconocido como igual al Próspero, no

⁶ José Gaos, Carta abierta a Leopoldo Zea, México, 1949.

tiene que renunciar a ser Calibán. Sabe del empeño inútil por ser aceptado por Próspero como su igual; por ello exige a Próspero su reconocimiento como su igual a partir, precisamente, de lo que los distingue, de lo que les es peculiar. Y este reconocimiento, que se da y se recibe, sólo es posible en un sistema que no parte de tales alternativas, el socialismo.

En el pasado se intentó, aunque inútilmente, hacer de estos nuestros pueblos reproducciones de Francia, Inglaterra, los Estados Unidos. Un intento que Martí presentó como un trágico y absurdo remedo. Por ello la nueva disyuntiva sería absurda y contraria a toda dialéctica. Nuestros pueblos no pueden ser un remedo de la Unión Soviética ni de China ni de cualquier otra nación socialista. Los pueblos latinoamericanos no pueden ni deben ser tampoco otras tantas Cubas, otros tantos remedos de ella. Lo que sí pueden es hacer lo que Cuba ha hecho, el socialismo. El socialismo que reconoce, precisamente, las peculiaridades que igualan entre sí a hombres y pueblos. Por ello los revolucionarios cubanos, hablando de la Revolución socialista en Chile y en Nicaragua, insisten en que cada pueblo tiene su peculiar manera de llegar al socialismo y de hacerse socialista. La experiencia de la Unión Soviética, como las experiencias de Cuba y de otras muchas naciones, han de ser parte de la experiencia de otros pueblos en su empeño por el logro de un mundo más justo y, por justo, más libre. Cuba, para realizar el socialismo, no niega lo que ha sido y lo que es, no niega la lucha de liberación nacional que le antecedió y de la que fue gran prócer José Martí, como tampoco niega a Bolívar, que se empeñó en esta misma lucha a nivel continental. Se acepta a Marx pero sin renunciar a Martí, se acepta a Lenin sin renunciar a Bolívar. Se trata de una interpretación dialéctica de la historia que recoge las experiencias revolucionarias del pasado asimilándolas de acuerdo con los conocimientos científicos que sobre la realidad han encontrado su mayor alcance en el marxismo-leninismo. Ya lo expresó Martí cuando dijo: "Injérese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".